

Pero por Cuauhtemoc son acosados
 En su derrota vil los fugitivos,
 Y muchos por las masas alcanzados,
 Del pueblo en el poder quedan cautivos.
 Para ser á su dios sacrificados
 En los teocallis, los conservan vivos;
 Y á la ciudad la mexicana gente
 Conduce en triunfo á Cuauhtemoc valiente.

FIN DEL CANTO SEXTO.

Pero por Cuauhtemoc son acosados
 En su derrota vil los fugitivos,
 Y muchos por las masas alcanzados,
 Del pueblo en el poder quedan cautivos.
 Para ser á su dios sacrificados
 En los teocallis, los conservan vivos;
 Y á la ciudad la mexicana gente
 Conduce en triunfo á Cuauhtemoc valiente.

CANTO SÉTIMO.

Aliento de los pueblos de Anáhuac para rechazar á los invasores.
 —Disposiciones de Cuauhtemoc en defensa de la ciudad.—Táctica de Hernan Cortés para el asedio.—Los capitanes españoles cercan la gran Tenochtitlan.—Entusiasmo de los mexicanos por la guerra.—Combate en el lago de Texcoco.—Destruccion de la flota mexicana.—Atacan los españoles la ciudad por el lado Sur.—Vigorosa defensa del templo de Huitznáhuac.—Son atraídos al gran teocalli los invasores, que atacados por el pueblo emprenden la fuga desordenadamente.—Los mexicanos celebran la victoria.

Cuando del pueblo los valientes pechos
 Al amor de la patria se estremecen,
 Logran dar cima á los heróicos hechos
 Que en la eternal historia resplandecen.
 Al defender osadas sus derechos,
 Más grandes las naciones aparecen,
 Y á los pósteros dejan su memoria
 Envuelta en los destellos de la gloria.

Cuando el guerrero audaz y temerario
Clava en extraño suelo su bandera,
Para aterrorizar al adversario
Lleva la destrucción por donde quiera.
No debido al esfuerzo extraordinario
Adquiere la victoria lisónjera;
Siempre sólo merced al exterminio
Logra ejercer su asolador dominio.

Los pueblos valerosos que defienden
Del extranjero amago sus hogares,
De la inmortalidad la antorcha encienden
De la querida patria en los altares.
Si á libertarse del amago atienden,
Y cediendo por fin á los azares
De guerra sin cuartel quedan vencidos,
Son siempre por la historia enaltecidos.

Del indomable Anáhuac las naciones
Por defender sus fueros ultrajados
Trabajan con afán; los corazones,
De guerra al grito, laten agitados.
El triunfo que diversas ocasiones
Alcanzar han sabido los soldados
De la patria, la fe de nuevo aumenta,
Que en las huestes propágase violenta.

Prepara Cuauhtemoc infatigable
Al cerco la ciudad; en ella encierra
De sus tropas el grueso formidable
Que al invasor disputarán la tierra.
Por todas partes crece inmensurable
El entusiasmo que la voz de guerra
Despierta en los valientes mexicanos
Que por seguir la lid están ufanos.

En nombre de la patria se convoca
A todo el que empuñar las armas pueda;
Y al llamamiento que el rencor provoca,
No hay quien cobarde al desaliento ceda.
Niños y ancianos van con ansia loca
A demandar al rey que les conceda
Un puesto para dar al enemigo
En los combates ejemplar castigo.

En el hogar tranquilo las mujeres
Dan el postrer adiós á sus esposos,
Y cual si en pos salieran de placeres,
Les preparan los trajes más vistosos.
"Marchad, les dicen ellas, caros séres
Y volved á nosotras victoriosos,
O hallad en el combate muerte honrada
Defendiendo á la patria amenazada."

Antes de que cercada el enemigo
Tenga del todo la ciudad, ordena
El rey que parta á protector abrigo
La gente que á las lides es ajena.
Hace saber entónces que á castigo
De muerte á los soldados se condena,
Si inobedientes salvan la muralla
Para empeñar sin órden la batalla.

Previsor el monarca, deposita
En diferentes puntos los pertrechos
Que para sostenerse necesita
Dentro de aquellos límites estrechos.
En bélicas funciones ejercita
A sus soldados, cuyos nobles pechos,
Que al invasor terrible no perdonan,
Entrar con él en lid sólo ambicionan.

Así la gran Tenochtitlan dispuesta
A recibir al español se halla;
Así, esforzado, Cuauhtemoc apresta
Su valerosa gente á la batalla.
Fuerte defensa á los soldados presta
Dentro de la ciudad la firme valla
Que en derredor alzaron, y á su abrigo
Hostilizar podrán al enemigo.

Tambien de Hernan Cortés los escuadrones
Se encuentran al ataque apercebidos;
Del Valle en diferentes poblaciones
Están para la guerra repartidos.
No sin lucha terrible las legiones
Del invasor, ganar los defendidos
Puntos lograron con arrojo ciego
Estableciendo el sitio desde luego.

Tiene en Tlacopan Pedro de Alvarado
Fuerte seccion de gente valerosa;
Está de Coyoacan posesionado
Olid con otra hueste numerosa.
Gonzalo Sandoval, acompañado
De una legion crecida y animosa,
A Itztapalápan decidido llega
Y á fuego y sangre la ciudad entrega.

Cortés al fuerte Xóloc se encamina
Atravesando el espacioso lago
En varios bergantines, y extermina
El punto, de sus armas al estrago.
Sembrando inexorable la ruina
Extiende el invasor su fiero amago,
Y tala sin piedad las poblaciones
Ya que domar no puede á las naciones.

Contempla Cuauhtemoc el movimiento
Del enemigo; mírase cercado,
Y sin perder su heróico atrevimiento,
Se apresta á defenderse denodado.
Empero el popular asentimiento
Anhelando obtener, apresurado
A nueva junta á sus guerreros llama
Y con acento concentrado exclama:

“En torno nuestro el invasor extiende
Su numeroso ejército, que encierra
Como la ajorca al brazo de que pende,
En un círculo estrecho nuestra tierra.
El enemigo esclavizar pretende
A nuestra patria, que el pendon de guerra
En su santa defensa levantara
Cuando á su suelo el invasor llegara.

“Solos para luchar hemos quedado;
En vano es pretender nueva alianza;
Del enemigo el cerco ha vulnerado
Esa rica y legítima esperanza.
No quiero que mi pecho, aconsejado
Por la terrible voz de la venganza,
Determine de Anáhuac el destino,
De la guerra lanzándose al camino.

“El Malinche la paz tiene propuesta,
De nuestras vidas dando garantía;
Y aunque la he rechazado en mi respuesta,
Forzoso es que os lo diga la voz mia.
Tal vez la guerra nos será funesta;
Significa la paz la tiranía:
Entre esos males elegid ahora;
O paz servil, ó guerra asoladora.”

Dijo, y la vista en torno dirigiendo
Aguarda la respuesta: en tal instante
De entre el concurso rápido saliendo
Un jóven de su rey llega delante.
Lleva la diestra al corazon, haciendo
Sumisa reverencia; alza el semblante
Despues que el manto del monarca besa,
Y con viril acento así se expresa:

“Quizás mi voz no siendo autorizada,
Carecerá esta vez de valimiento;
Pero el peligro de la patria amada
Justifica mi audaz atrevimiento.
En esta junta noble y elevada,
A las filas del pueblo represento:
Simple soldado soy; pero aseguro
Que es limpio como el sol mi nombre oscuro.

“Simple soldado soy; pero he sabido
 Vencer en recia lid al castellano,
 Cuya invasion audaz han resistido
 Las falanges del pueblo mexicano.
 Nombrado por las masas he venido
 A asegurar de nuevo al soberano,
 Que á la ciudad el porvenir no arredra
 En tanto quede piedra sobre piedra.”

“¡No hay que aceptar la paz! Antes la vida
 Que el honor al tirano entregaremos;
 Es baldon la existencia envilecida,
 Y nunca como tal la aceptaremos.
 Trae consigo la paz mortal herida;
 Pereciendo en la lid, alcanzaremos
 De la inmortalidad justo renombre
 Que en la futura edad al mundo asombre.”

“¡Guerra! gritemos, pues, entusiasmados;
 ¡Guerra! ¡guerra! los ecos repercutan;
 ¡Guerra! y más ¡guerra! clamen los soldados
 Mientras hechos heroicos ejecutan.
 ¡Guerra! al morir exclamen esforzados
 Los que á la patria, al sucumbir, enlutan,
 Y de Anáhuac conmuévase la tierra
 Al resonar doquier la voz de ¡guerra!”

Dijo, y vibrando su sonoro acento
 Cual las notas severas y marciales
 De la guerrera trompa, el ardimiento
 Crece en el corazon de los leales.
 Prestan á **Cuauhtemoc** el juramento
 De rechazar la paz los generales;
 Y el rigor aceptando de la suerte,
 Dispónense á luchar hasta la muerte.”

Semejante á una isla, á la defensa
 Tenochtitlan se encuentra preparada;
 Por todas partes la laguna extensa
 Cerrada tiene al invasor la entrada.
 En su recinto muchedumbre inmensa
 De guerreros espera entusiasmada
 Que se acerque el ejército enemigo
 Para darle en la lid mortal castigo.”

“Recorriendo la líquida llanura
 Del lago multitud de embarcaciones,
 Sin anclas ni timon ni arboladura,
 Contienen mexicanos escuadrones.
 La fuerza de los remos apresura
 De tal suerte su marcha, que á ocasiones
 Cual flechas se deslizan en las aguas
 Las esbeltas y rápidas piraguas.”

En las menudas ondas aparecen
Las compactas secciones de guerreros;
Las blandas brisas estivales mecen
Sus tocados de plumas altaneros.
Sus arreos de guerra resplandecen
Heridos por el sol; y cuando fieros
El arco extienden con segura mano,
Los sublima su porte soberano.

De súbito aparece en lontananza,
Cual si del lago azul surgido hubiera,
La escuadra de Cortés que altiva avanza
A la ciudad, que sin temor la espera.
La flota de piraguas se abalanza
Sobre los bergantines, de manera
Que en breve alcanzarán las férreas proas
De los barcos las ágiles canoas.

Como flexible y colosal serpiente
Cuyo cuerpo se agita, y ondulando
Avanza aterradora é imponente
Sus variados colores ostentando;
De suerte igual el lago transparente
Van las piraguas rápidas surcando,
Y al ondular presentan á lo léjos
De diversos matices los reflejos.

Tambien los bergantines se apresuran
A dar caza á la flota mexicana,
Y, bogando con ímpetu, procuran
Desbaratar la línea más cercana.
Los guerreros aztecas se aventuran
En lucha desigual y sobrehumana,
Lanzándose á los barcos artillados
Y apresarlos pretenden esforzados.

Las piraguas, en raudo movimiento,
A la escuadra española al fin rodean
En el centro del lago, y con violento
Ardor los mexicanos clamorean.
Después, con el bizarro atrevimiento
Que de continuo al combatir emplean,
Intentan asaltar al enemigo
En su flotante poderoso abrigo.

Entónces ¡oh terror! cada velera
Embarcacion contraria se convierte
En fortaleza, que vomita fiera
Por todos lados exterminio y muerte.
Pronto de las piraguas la barrera
Queda despedazada al rudo y fuerte
Estrago de las armas españolas
Que las envuelven en las breves olas.

Pero aun así, la gente mexicana
 En arrollar al invasor insiste;
 Sigue á nado á la flota castellana
 Que á la agresion con su poder resiste.
 Quién blandiendo terrible la macana
 El duro casco de la nave embiste;
 Quién de un cordel llegando á apoderarse
 Logra en el bergantin precipitarse.

Y en la terrible lucha que sustentan
 En medio de las aguas los guerreros,
 Como invencibles genios representan
 El poder que los hace más severos.
 Por todas partes el peligro aumentan,
 Y sin salir del agua, van ligeros
 Para ofender las reforzadas quillas
 Que convertir intentan en astillas.

Los hombres se revuelven agitados
 En medio de la líquida llanura,
 Y de odio y de rencor arrebatados,
 El combate prosiguen con bravura.
 Sin descanso ni tregua entusiasmados,
 Mandan al español muerte segura
 En las certeras flechas que le lanzan
 Cuando á las naves con ardor avanzan.

Sostiénese terrible el enemigo;
 Truena el cañon y silba la metralla,
 Llevando muerte y destruccion consigo
 En tan horrenda y desigual batalla.
 De las seguras naves al abrigo
 El fuego de arcabuz tambien estalla,
 Hasta que al fin el homicida estrago
 En rojo torna el trasparente lago.

Vénse despues surcar aceleradas
 El lago aquellas naves arrogantes,
 En tanto que en las olas agitadas
 Sobrenadan los miembros palpitantes.
 En restos de piraguas destrozadas
 La salvacion procuran anhelantes
 Los que fueron, luchando decididos,
 Desbaratados, pero no vencidos.

Tenochtitlan, en tanto, se dispone
 A rechazar al invasor que avanza;
 Y, sin temor, en sus guerreros pone
 El noble **Cuauhtemoc** su confianza.
 Del enemigo la crueldad no impone
 A los pechos sedientos de venganza
 El pánico terror que inspiraría
 A quienes no tuvieran su osadía.

Están los mexicanos escuadrones
 Dispuestos al combate; por doquiera
 Las indomables bélicas legiones
 Defienden la ciudad con ansia fiera.
 Palpitan con afán los corazones
 Cuyo ánimo en el riesgo no se altera;
 Y de odio y de rencor arrebatado,
 La lucha aguarda el pueblo entusiasmado.

Cortés, del fuerte Xóloc con su gente
 Sobre Tenochtitlan marcha atrevido;
 La calzada atraviesa diligente
 Que el mexicano Rey no ha defendido.
 Contra el asalto, **Cuauhtemoc** valiente
 En la ciudad se encuentra prevenido;
 Manda que se abandone el primer foso
 Para que avance el enemigo odioso.

De Cortés adelantan los guerreros;
 Rebasan la primera cortadura,
 Y listos en la diestra los aceros,
 A la ciudad avanzan con bravura.
 Van á la descubierta en los ligeros
 Corceles, con durísima armadura,
 Los bravos capitanes, que á porfía
 Demuestran entereza y osadía.

Tenochtitlan se agita en tal instante;
 Resuenan los sagrados instrumentos;
 Se alza de guerra el grito resonante,
 Y tiembla la ciudad en sus cimientos.
 El mexicano ejército, anhelante
 Y cediendo á sus bélicos intentos,
 Contra las huestes de Cortés se lanza
 Sediento de rencor y de venganza.

“Victoria ó muerte!” claman los soldados
 Cerrando el paso al invasor odioso,
 Y con afán los hombres agitados
 La orilla cubren del segundo foso.
 Sobre ellos adelantan esforzados
 Los hombres de Cortés, que valeroso
 Marcha de su legion á la cabeza
 Dando muestras de arrojo y entereza.

Del ancho foso en la interior orilla
 Están los mexicanos impacientes;
 El entusiasmo en las miradas brilla
 De luz bañando las altivas frentes.
Cuauhtemoc, que las huestes acaudilla
 De los guerreros de Anahuác valientes,
 Recorre la ciudad con ansia fiera
 Sembrando el patrio amor por donde quiera.

Y se da la señal de la batalla;
 Disparanse los dardos silbadores,
 Y mézclanse al fragor de la metralla
 Los gritos de venganza atronadores.
 De los preñados bronce pronto estalla
 El fuego que les da á los invasores
 En la guerra ventaja tan terrible,
 Que á su ejército torna en invencible.

Sobre las aceradas armaduras
 Qué visten los soldados extranjeros,
 Resuena el golpe de las piedras duras
 Que con ardor les lanzan los honderos.
 Recorriendo del lago las llanuras
 Llegan los bergantines altaneros,
 Y pronto cada nave se convierte
 En instrumento de espantosa muerte.

En corto espacio el fuego sostenido
 Envuelve en humo denso la calzada,
 Y la zanja que el pueblo ha defendido
 Es por el adversario arrebatada.
 Hernan Cortés dirígese atrevido
 A la ciudad, en marcha acelerada,
 Protegiendo á sus bravos escuadrones
 El fuego destructor de los cañones.

De Cuauhtemoc las huestes valerosas
 No se intimidan al terrible estrago;
 Por todas partes llegan animosas
 Llevando al invasor constante amago.
 Del español las armas poderosas
 Podrán vencer en el combate aciago;
 Pero los mexicanos á porfía
 Ejemplo son de heroica bizarría.

Y la columna á la ciudad avanza
 Las horribles armas disparando,
 Y al rudo empuje de la aguda lanza
 Va las contrarias filas separando.
Cuauhtemoc no abandona la esperanza
 De obtener la victoria, y alentando
 La indomable altivez de sus guerreros,
 Resiste á los audaces extranjeros.

Más que zanja, segura fortaleza
 Halla en el nuevo foso el enemigo;
 De innúmeros soldados la entereza
 Lo guarda de las casas al abrigo.
 Las piedras, disparadas con destreza,
 Llevan al invasor fuerte castigo,
 Sin que logre el poder de sus cañones
 Desbaratar de Anáhuac las legiones.

Sólo logra morir quien se aventura
 A pretender salvar el ancho foso,
 Pues contiene su arrojo y su bravura
 De las piedras el golpe poderoso.
 En breve la espaciosa cortadura
 Se convierte en un antro pavoroso,
 Que al ir tantos cadáveres tragando
 Va su seno fatídico llenando.

Avanza una seccion de ballesteros
 Que sobre el ancho foso un puente arroja,
 Y con sus tiros fuertes y certeros
 Del muro al enemigo desaloja.
 Se lanzan atrevidos los guerreros
 Del español, con la armadura roja
 De la sangre que manan, y animosos
 Retan á los contrarios valerosos.

Del templo de *Huitznáhuac*,³⁶ que cercano
 Está de la atacada cortadura,
 Se posesiona el pueblo mexicano,
 Y al español resiste con bravura.
 A defender el punto el soberano
Cuauhtemoc, con denuedo se apresura,
 Y ejemplo dando á su esforzada gente,
 En la terrible lucha entra valiente.

Las tropas de Cortés salvan el foso
 Y el templo atacan con arrojo y brío;
 Pero su empuje rudo y espantoso
 Valiente ataja el lidiador gentío.
 Truena en breve el cañon, que poderoso
 Arroja al pueblo el exterminio impío,
 Y el invasor audaz con ansia ciega
 Al pié del templo defendido, llega.

Cubriendo están la extensa gradería
 Del templo, mexicanos escuadrones
 Dispuestos á oponerse á la osadía
 Que muestran los iberos pelotones
 Del bravo **Cuauhtemoc** la bizarría
 Derrama en los valientes corazones
 De sus tropas, la fe y la confianza
 Para cobrar legítima venganza.

De Cortés adelantan los guerreros
 Para atacar la defendida altura,
 Y blandiendo terribles los aceros,
 Emprenden el asalto con presura.
 Agítanse en las gradas los flecheros,
 Del monarca á la voz firme y segura,
 Y dé rencor sus pechos agitados,
 A la lid se disponen denodados.

Trábase formidable la batalla;
 Se buscan las legiones contendientes;
 El fuego de cañon rompe la valla
 De los guerreros de Anahuác valientes.
 Rebasando del templo la muralla,
 Logran llegar las castellanias gentes
 Al pié de la elevada gradería,
 Y ocuparla pretenden con porfía.

Pero en la altura, Cuauhtemoc, osado
 Dirige de Huitznáhuac la defensa,
 Y no cede su pecho levantado,
 Del enemigo ante la turba inmensa.
 Igualándose al último soldado,
 Él mismo manda al invasor su ofensa,
 Siendo en el arco tan terrible y fuerte
 Que cada tiro suyo da la muerte.

A su ejemplo los bravos escuadrones
 De vencer no abandonan la esperanza,
 Y ardiendo en patrio amor los corazones,
 Palpitan á la voz de la venganza.
 El invasor, en varias direcciones
 Sobre el teocalli con arrojo avanza;
 De sus cañones multiplica el fuego,
 Y el decisivo ataque emprende luego.

De sangrientos cadáveres cubierta
 Del templo está la vasta gradería;
 Y el conjunto de victimas despierta
 Más y más en el pueblo la osadía.
 La contraria actitud no desconcierta
 Al invasor, que en su pujanza fia:
 "¡Por España!" Cortés grita con brío
 Y acomete su ejército al gentío.

Sufren el choque en las primeras gradas
 Los que el asalto intentan atrevidos;
 Y á pesar del poder de sus espadas
 Son por los mexicanos detenidos.
 En luchas personales y esforzadas,
 Se ven aquellos hombres confundidos,
 A veces en la sangre resbalando
 Que está de los cadáveres manando.

Llegan las dos legiones adversarias
 En íntimo combate á revolverse,
 Y ejecutando acciones temerarias,
 Logran á igual altura mantenerse.
 Con el hierro que visten las contrarias
 Tropas, quizás podrán sobreponerse
 Al denuedo terrible y soberano
 Con que batalla el pueblo mexicano.

"¡Al gran teocalli!" el soberano grita,
 "Dejad al enemigo que adelante;"
 Y al templo principal se precipita
 Seguido por el pueblo delirante.
 A sus hombres Cortés valiente excita,
 Y á su potente voz corre anhelante
 La legion invasora de su mando,
 Rápida los obstáculos salvando.

Como raudo atraviesa el torbellino
 Del desierto los campos espaciosos,
 Arrollando iracundo en su camino
 Los corpulentos árboles añosos;
 Así avanza el ejército asesino,
 Llenando con afán los anchos fosos
 Con trincheras, que encuentra abandonadas
 Y destruyen sus picas aceradas.

El gran teocalli suben atrevidos
 Siguiendo á Hernán Cortés sus campeones,
 Y en la cima del templo, enardecidos
 Clavan los castellanos pabellones.
 Suenan de pronto roncós alaridos
 Que llenan de terror los corazones;
 Y altivo llega Cuauhtemoc al frente
 Del mexicano ejército valiente.

Y la azteca legion, como si fuera
 Un proyectil humano, cae unida
 Sobre el contrario, á quien el riesgo altera
 De la agresion ni vista ni sentida.
 En vano el capitán, con voz severa
 Manda cargar á su legion temida;
 Los hombres ¡ay! la salvacion buscando
 Van la escalera rápidos rodando.

En su espantosa fuga los guerreros
 Dejan al enemigo los pendones
 Que en el templo clavaron altaneros,
 Y huyen abandonando los cañones.
 Los mexicanos, acosando fieros
 A los desordenados escuadrones,
 Los persiguen ansiosos de tal suerte,
 Que á todo el que vacila dan la muerte.

Aparecen de pronto en los canales
 Que cruzan la ciudad, barcas ligeras
 Que ocultaron entre ásperos breñales
 A varias tribus fuertes y guerreras.
 Disparando afilados pedernales,
 Ofenden á las gentes extranjeras,
 Al pasar en su fuga apresurada
 Para ganar de Xóloc la calzada.

En medio del desorden infinito
 Que siempre trae consigo la derrota,
 Resuena airado de venganza el grito
 Que al pueblo vencedor más alborota.
 A medida que crece el inaudito
 Riesgo, la confusion de nuevo brota
 Entre los perseguidos invasores
 Que del pánico sienten los horrores.

Logran salir al fin, aunque diezmados,
 De la egregia ciudad los fugitivos,
 A su suerte dejando abandonados
 A los que fueron en la lid cautivos.
 De diferentes cuerpos mutilados
 Aparecen los miembros repulsivos,
 En toda la extension que recorrieron
 Los que vencidos rápidos huyeron.

En tal sazón, el pueblo mexicano
 Celebra de sus armas la victoria,
 Y en triunfo conduciendo al soberano,
 Ávido aclama su fulgente gloria.
 Del invasor despótico y tirano
 No le amedrenta la fatal memoria,
 Porque sabrán los valerosos pechos
 Defender de la patria los derechos.

Al són del teponaxtli las legiones
 Recorren la ciudad, y entusiasmados
 Los guerreros arrastran los cañones
 Al audaz invasor arrebatados.
 Los caudillos agitan los pendones
 Que fueron en el templo abandonados,
 Y el regocijo público afianza
 Del victorioso pueblo la venganza.

FIN DEL CANTO SÉTIMO.